

El justo clamor del Pueblo Nasa

Nuevamente los Nasa sacuden la conciencia nacional y los sentimientos de los colombianos se polarizan en torno a intereses económicos, políticos e ideológicos. El papel de los medios ha sido nuevamente desastroso, ocultando verdades inocultables y defendiendo intereses éticamente indefendibles.

Los Nasa se han enfrentado con valentía a las armas y a las leyes, con la transparencia de un pensamiento que se apoya en la lógica vital más elemental pero que nuestras sofisticadas hipocresías no quieren siquiera examinar. En el sistema que nos envuelve, las decisiones se toman de espaldas a la verdad y a la justicia y en servicio a intereses inconfesables de los poderes de turno.

Se impone evocar, en momentos como éste, párrafos sapienciales del indio Quintín Lame en esa conmovedora obra: "**En defensa de mi raza**":

" ... yo me opuse a obedecer a lo injusto, a lo inicuo y a lo absurdo; pues yo miré como cosa santa y heroica el no acatar a la injusticia y la iniquidad aun cuando llevase la firma del más temible juez colombiano. La historia marcará mi nombre ante los voluminosos cargos que aparecen escritos en los juzgados, alcaldías, gobernaciones ... La justicia llamará al historiador para indicarle dónde se encuentra el depósito de mis acciones y en qué cárceles me jugué con los hombres de la más alta civilización colombiana, los que me llamaron el hermano Lobo, y que me acusaban y acusaron; pero cabizbajos se quedaron cuando tronó el imperio de la justicia castigando la injusticia nacida del corazón de hombres no indígenas contra mí, ordenando se abrieran las fuertes cerraduras de las cárceles y panópticos para que disfrutara de mi más amplia libertad gracias a Dios"

"La taza se ha llenado", para los indígenas, frente al manejo que el gobierno y el Estado hacen de la guerra. Se necesita ser muy obtuso para no ver y entender que ese manejo sólo lleva a producir muertes sin medida ni reservas y a convertir en un infierno la vida cotidiana de los resguardos.

La estrategia oficial, que se reviste de nuevos nombres en cada gobierno, es siempre la misma: aumentar el pie de fuerza para enfrentar a la insurgencia y militarizar cada vez más zonas de población civil. La justifican afirmando que las armas oficiales son las únicas legítimas y que pueden ocupar los espacios que quieran sin que ninguno les esté vedado. Todo esto es falso. Hay numerosos preceptos constitucionales que son quebrantados por esta estrategia, empezando por lo que la Constitución define como el único fin y tarea de las autoridades republicanas: *“proteger a todas las personas residentes en Colombia en su vida, honra, bienes, creencias y demás derechos y libertades”*. (Art. 2) Sería demencial creer que así se protege la vida, los bienes, los derechos y las libertades, cuando la estrategia bélica está diseñada para destruir todos esos valores.

Al ocupar los espacios civiles, la fuerza pública atrae, como un imán, a la insurgencia, pues toda guerra se apoya en el principio de que es lícito matar al que lo va a matar a uno, adelantándose y evitando su propia muerte, y frente a tropas armadas y adiestradas para matar insurgentes, los insurgentes tratan de sorprenderlas en sus refugios en medio de la población civil, arrasando frecuentemente con las vidas, bienes y derechos de los civiles convertidos en escudos de los armados del Estado. Tal circuito infernal es infinito y sólo los dementes pueden afirmar que esa es la manera de conseguir la paz; lo único que hace, acorde con su lógica interna más elemental, es reproducir la guerra al infinito y destruir vidas y bienes sin medida. A eso jamás se le podrá llamar “paz” ni “seguridad”. Los Nasa han hecho inventarios escalofriantes de sus muertos y heridos, de sus viviendas y cultivos arrasados, de sus libertades perdidas, de su autoridad y cultura vilipendiadas, gracias a la “estrategia de paz y seguridad” de nuestros gobiernos. Toribío y Caloto, Jambaló, Morales, Buenos Aires, Suárez, Santander y Caldonó son sólo muestras de ese infierno dantesco producido por nuestros gobiernos en sus estrategias, equivocadas y absurdas, de “caminar hacia la paz y la seguridad”.

Hay, pues, frente a esa estrategia oficial de guerra, una rebeldía legítima, transparente, ética, espiritualmente limpia y coherente, pero también legal y constitucional, arraigada en los más esenciales principios filosóficos y jurídicos de nuestra Carta.

Los gobiernos han pisoteado los derechos territoriales y autonómicos reconocidos en la Constitución del 91 y en tratados internacionales que teóricamente hacen parte constitutiva de nuestra Carta magna. Si deben ser consultados previamente con las comunidades étnicas los proyectos que afectan su integridad cultural, social y económica (Constitución Nacional, Art. 330 Parágrafo), con mayor razón tienen que ser consultados proyectos de guerra que afectan tan profundamente el derecho a la vida misma, a la integridad, al territorio y a la cultura. Sus territorios, según la Constitución, son *“inalienables, imprescriptibles e inembargables”* (Art. 63) pero al someterlos a esta lógica infernal de guerra los están alienando o sometiendo a poderes y culturas de muerte totalmente ajenos y contrarios a ellos, en contra de su más esencial identidad de poderes y cultura al servicio de la vida.

Muchos instrumentos legales de los últimos gobiernos han desconocido el derecho a la consulta, firmando decretos absolutamente inconstitucionales que son tolerados y avalados por los otros poderes del Estado, referidos a las explotaciones mineras, al desarrollo agrario, a planes de desarrollo, que pisotean la esencia misma de la Constitución y que sin embargo se revisten con ficciones de “legalidad”.

Pero para poder estigmatizar a quienes sí se acogen al espíritu de la Constitución y exigen respeto a sus territorios y abandonar las estrategias de paz que en cinco décadas no han dado resultado alguno de paz sino sólo resultados de muerte y destrucción por doquier, los acusan de ser “fachadas de la insurgencia”. Toda la calumnia gubernamental y mediática contra los Nasa, los presenta en estos momentos como “aliados de la guerrilla”, ignorando incluso todo el esfuerzo que han hecho por sacar a la insurgencia de sus territorios. Se trata del recurso a otra estrategia antiquísima y absurda, consistente en desprestigiar a quienes sí acatan la Constitución y la rectitud ética y jurídica, como “delincuentes políticos”, para poder deslegitimarlos, judicializarlos y desactivar sus justas luchas, fingiendo que quienes acuden a tan perversos ardides son los representantes de “la ley” y “el derecho”. Los grandes medios, dirigidos por gentes obtusas y malévolas, son los culpables de semejante falsificación.

A veces los gobernantes, ebrios de lisonjas y adulaciones reproducidas a gran escala por los medios, no tienen capacidad siquiera para percibir el sentido de lo que sus palabras y gestos proyectan hacia fuera de ellos

mismos. Arrastrados y enceguecidos por su sesgado mundo de solidaridades, pretenden convertir en tragedia nacional las lágrimas de un soldado violador de los lugares sagrados y manipulador de instrumentos mortíferos, sin caer en cuenta que esas lágrimas estaban coyunturalmente contextuadas por multitud de lágrimas de víctimas de esas mismas armas oficiales, de madres que perdieron a sus hijos en ese infierno que la “estrategia de paz” ha creado en sus territorios, de numerosos lisiados e inválidos dejados por las absurdas estrategias de “seguridad” del Estado. No cae en cuenta el mandatario, que con ese mensaje, con el que pretende captar sentimientos a su favor, está enviando simultáneamente un mensaje perverso de desprecio y afrenta a las lágrimas de las víctimas. Parece repetirse la fábula de Anderson del “rey desnudo”, en la que se le confecciona al rey un traje con supuestos hilos invisibles que sólo las personas honestas podrían apreciar, y todo el mundo se finge honesto, elogiando mentirosamente el hermoso traje del rey, para disimular su desnudez y para no ser señalados como deshonestos, pero finalmente un niño grita sin escrúpulos la real desnudez del rey y hace que los demás renuncien a su ficción. Hay que señalar, pues, con sinceridad, que la ineludible implicación del gesto de exaltación de las lágrimas del militar no podía sino ser percibido como vilipendio y afrenta al llanto amargo y abundante de las víctimas, disimulado y encubierto por los círculos del poder y sus proyecciones mediáticas, pero que se exhibe ante millones de seres humanos como gesto que desnuda un corazón envilecido.

Al parecer, el poder tiene la capacidad de obstruir y adulterar niveles muy profundos de la conciencia personal. Si a la morada del Presidente o a las de los ministros o altos funcionarios del Estado, se llegan personajes armados para acampar en su sala o en su patio, y luego llegan contendores de éstos a enfrentarlos allí militarmente, los funcionarios moverían todos los poderes nacionales y mundiales para expulsar a quienes habrían convertido su casa en un campo de batalla. Pero lo que sería una reacción normal y ética cuando se trata de sus seres queridos, es aberrante que no tengan la capacidad de comprenderla cuando se trata de una sociedad cuyas capas más vulnerables se les ha encomendado proteger, capas además maltratadas por siglos. ¿Cuándo tendremos gobernantes que comprendan las tragedias del pueblo apelando a su propia experiencia?

Cuando la sinrazón de las estrategias choca con quienes tienen claridad de sus valores, cosmovisión y derechos, negándose a aceptar ser sometidos al absurdo y fundando éticamente una legítima rebeldía, el Gobierno ha recurrido a impulsar el resquebrajamiento de la solidaridad indígena y de su estructuración étnica ancestral, impulsando organizaciones indígenas alternativas, cooptándolas con prebendas de poder y dinero y con el incentivo de beneficiarse de propiedades individuales que rompan el ancestral destino colectivo de la tierra, valor egregio de su etnia. En la actual contienda las utiliza con el más pedestre objetivo de quebrar una oposición límpidamente cimentada en valores y estrategias humanitarias, recurriendo al más burdo estilo clientelista, para llevarlos a denigrar de sus hermanos y a descalificar su legítima brega mediante calumnias mediáticas.

Uno diría que, si hay sensatez, no se podría retardar más un cambio de rumbo radical en lo que se ha concebido hasta ahora como políticas de paz y seguridad. Nadie, con un mínimo de sensatez, podría tener el atrevimiento de afirmar que las estrategias que han fracasado durante 50 años para eliminar los focos rebeldes o para erradicar la lucha armada y pasar la página del terror, sigan siendo válidas y efectivas para lograr esos mismos fines cada vez más lejanos. Se impone aceptar el rotundo fracaso y la necesidad de un cambio de rumbo. Está claro que “la guerra llama a más guerra”; que las heridas que ésta deja por millares de millares inundarán cada vez más el país de motivos de retaliaciones y justificarán siempre nuevas y más intensas violencias vengativas, y aún más cuando la impunidad es la moneda corriente para los crímenes de Estado. Sólo los insensatos pensarán que por esa vía se llegará algún día a la paz o a la seguridad. Mucho menos con una fuerza pública cuya legitimidad se derrumba cada día más y más por sus prácticas sistemáticas de violación de todos los derechos ciudadanos.

Es hora - y apremiante- de revisar la ceguera que lleva a no mirar las raíces económicas y sociales de nuestro conflicto armado. Los gobiernos hasta ahora han creído que valiéndose intensamente de los medios masivos para demonizar a los rebeldes, cubriéndolos permanentemente con los mote de narcotraficantes y de terroristas, adosados a los de cultores de doctrinas socialistas obsoletas, lograrán así a silenciar toda raíz social y ética del conflicto. Se pretende tercamente tapar el sol con las manos. Su mismo atrevimiento de hipotecar el país a las

transnacionales minero energéticas y de dilapidar sus aguas y demás recursos naturales, reactiva la indignación nacional que se radicaliza por momentos y mira cómo responder con armas a quienes con armas ahogan en sangre todo reclamo justo. La ceguera del Estado y del Establecimiento los lleva a ignorar las injusticias estructurales que no se solucionan dentro de nuestro corrupto sistema electoral y parlamentario. Se contentan con señalar las fallas de la insurgencia en la experiencia del Caguán pero no son capaces de mirar la enorme viga de sus propias fallas. Parecen tranquilizarse recurriendo nuevamente a la antiquísima estrategia de estigmatizar todo movimiento social como “fachada de los rebeldes”, para justificar su genocidio a manos del ParaEstado. Ya se desliza por el mismo precipicio la propuesta naciente de la Marcha Patriótica.

Y mientras el país-masa vuelve sus ojos a los “héroes” que obtuvieron medallas olímpicas, en un verdadero frenesí de competitividad, “virtud” espiritual la más central de cualquier sistema excluyente y elitista, el dolor enorme de nuestros hermanos Nasa sólo nos es accesible bajo montañas de manipulaciones mediáticas, que por añadidura nos vuelve a poner de presente el absurdo de las leyes que rigen la información y la comunicación en nuestro pervertido sistema. Cobra, entonces, vigencia, otro párrafo de Manuel Quintín Lame, profeta de los excluidos, en su obra ya citada:

“Yo empecé un camino de abrojos y de espinas, y al continuar ese camino me vide obligado a cruzar dos ríos, uno de lágrimas y otro de sangre, y esos dos ríos corrían como los ríos cristalinos que tiene la naturaleza, los que bañan las cinco partes del mundo, los que arrastran sin cesar las arenas y que las aguas no cesan de correr llevando la arena; y así es la humanidad que ha pasado ante la inteligencia infinita que crió la humanidad, y esa humanidad que ha pasado y pasó, no ha podido comprender lo que está escrito en ese hermoso libro, llamado “el Libro de Dios””

Javier Giraldo Moreno, S. J.

Agosto 15 2012